

IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EL CASTILLO de HIELO

DAVOS

1871





Irene Adler

El castillo de hielo

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantya Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantya S.p.A., tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *Il Castello di Ghiaccio*
© de la traducción: Miguel García, 2014

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2013 Atlantya Dreamfarm s.r.l., Italia
© 2014 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Un proyecto de Pierdomenico Baccalario
Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler
Proyecto y realización editorial: Atlantya Dreamfarm s.r.l.
Diseño gráfico: Iacopo Bruno
Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A.
Derechos internacionales © Atlantya S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantya.it / www.atlantya.com

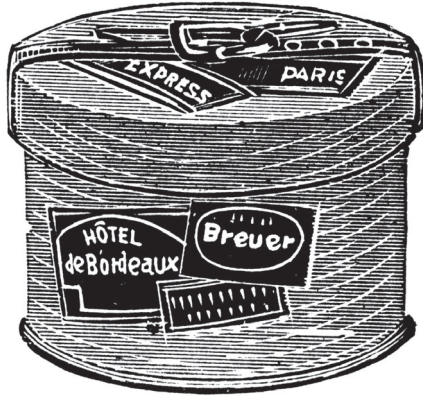
Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-08-13198-4
Depósito legal: B. 18.477-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar con Atlantya S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL VELO CAÍDO



El tren se detuvo justo en mitad del valle. Al otro lado de la ventanilla, los bosques de abetos que tapizaban las laderas de las montañas se dejaban acariciar por el sol de la tarde. Todo parecía inmóvil y sereno, como en un paisaje colgado en el salón de alguna anciana de la alta sociedad.

El contraste entre aquel panorama y mi estado

de ánimo me arrancó de los labios un corto suspiro. Debíamos de llevar parados un rato, pero no me di cuenta hasta aquel momento, como si me hubieran despertado las voces que ahora se oían en el valle.

—Una vaca en las vías... o algún otro pequeño incidente por el estilo —me explicó Horace Nelson, nuestro fiel mayordomo, con una sonrisa apenas esbozada—. Estoy seguro de que dentro de poco nos pondremos en marcha de nuevo.

Miré por la ventanilla y no vi vacas pastando, pero sí me pareció ver algo, apenas una sombra huidiza en el verde brillante del prado que desapareció enseguida entre los abetos. Yo, distraída por muchos otros pensamientos, no le di importancia. Tendrían que pasar algunos días para que me percatara de que aquel episodio insignificante había sido, en realidad, el primer indicio de un gran misterio. El más denso e intrincado con el que me había tropezado nunca.

Por entonces, de todos modos, no tenía la menor sospecha y no hice más que asentir, esbozando a mi vez una pálida sonrisa para Horace.

Reflexioné, por contra, acerca de cuánto había cambiado el comportamiento del señor Nelson con

respecto a mí en aquellas últimas semanas. Era como si hubiera retrocedido varios pasos para volver a la discreta cortesía que siempre me había reservado, hasta unos meses atrás. Aquélla era su manera de hacerme saber que comprendía la convulsión en que se hallaba mi espíritu y que, en lo que de él dependiera, tenía intención de dejarme en paz.

Pero la paz en sí era para mí algo extremadamente distante, inalcanzable, en aquellos días. De hecho, ¿cómo podía encontrar la paz quien acababa de ver cómo el destino ponía patas arriba su vida y cómo todo lo que le parecía seguro de repente se escurría entre sus dedos?

Todo había ocurrido pocas semanas antes, mientras me encontraba en París: acababa de salir de un oscuro asunto en el que Sherlock y Arsène, mis grandes amigos, y yo misma nos habíamos visto involucrados, no sin grandes peligros, cuando el destino había decidido imponer un brusco giro a mi vida. Una señora de hermoso rostro y ojos profundos con la que me había encontrado en varias ocasiones en el pasado, siempre de manera fugaz y un tanto misteriosa, esta vez se había sentado a hablar conmigo y me había desvelado

por fin su (¡nuestro!) secreto; se llamaba Alexandra Sophie von Klemnitz y era mi verdadera madre.

Muchas veces, con el transcurso del tiempo, he vuelto a pensar en las horas siguientes a aquella revelación con la esperanza de comprender, al menos en mi recuerdo, cuáles fueron mis sentimientos. Pero cada vez que la memoria trata de aferrar aquellos momentos, todo se vuelve borroso y no puedo dejar de ser avasallada de nuevo por la misma confusa sinfonía de impresiones y estados de ánimo. Recuerdo, por ejemplo, que tuve la sensación de encontrarme en un extraño sueño en el cual nada de lo que me ocurría era real. Y también recuerdo que pensé largo y tendido en mis sentimientos hacia el señor y la señora Adler; por mucho que los quisiera, especialmente a mi padre, ¿acaso no había advertido siempre una inexplicable sensación de que me eran ajenos? Así era. Pero ¡qué desconcierto había provocado en mí el enterarme de que no se trataba de la intangible impresión de una muchachita de ánimo inquieto, sino de algo que tenía todo el peso y toda la crudeza de la realidad!

Y recuerdo, además, ciertos pensamientos que trataba de mantener alejados y que retornaban

continuamente para herirme como punzadas. ¿Por qué aquella mujer de aspecto tan amable me había abandonado, aceptando separarse de mí, de su hija? ¿Cómo habían podido los señores Adler vivir tanto tiempo ocultando aquella mentira? ¿Cómo habían podido, día tras día, prestarse con tanta dedicación a tal farsa? Y, sobre todo, ¿quién era yo realmente? ¿Quiénes eran mi padre y mi familia?

Tal vez sea precisamente ese sentimiento el que recuerdo con mayor nitidez: la intransigencia de la chica que era yo por entonces, deseosa de obtener todas las respuestas de inmediato para poder poner fin así al carrusel de mentiras en que me parecía que se había convertido mi vida. Y éstos son, también, los recuerdos para mí más dolorosos hoy. Porque el odio y el desprecio que en aquellos días rezumaba mi alma herida no excluían siquiera a quien, como el señor Leopold Adler, no merecía en realidad ninguna condena, pues había tomado cada una de sus decisiones guiado por una innata bondad de espíritu. Pero el corazón de una chica es impetuoso y considera engaños o viles excusas todo lo que no contribuya a aplacar su sed de verdad.

Con tal turbulencia anímica viajaba entre los majestuosos perfiles de los Alpes suizos en dirección a Davos, donde precisamente iba a encontrarme con Alexandra Sophie von Klemnitz, la desconocida, la que debía esforzarme en aprender a llamar «madre».

Aquel encuentro, obviamente, había sido decidido de común acuerdo con los señores Adler. Porque mis padres adoptivos, pese a mi insistencia cada vez más vehemente, se habían empeñado en no darme ninguna explicación sobre las circunstancias de mi adopción.

—Son explicaciones que una madre tiene el derecho, es más, el deber de dar a su hija mirándola a los ojos —me había dicho la señora Adler, tensando los músculos de la cara para contener las lágrimas—. Tendrás que esperar, pues, a poder hablar con la señora Von Klemnitz.

Aquel momento se acercaba cada vez más y cuando me asomé por la ventanilla reconocí un elegante y majestuoso edificio en la ladera de una montaña. Lo había visto en una postal ilustrada que había llegado pocos días antes a nuestra casa; era el hotel Belvédère, en el que la señora Von Klemnitz, mi madre, se reuniría conmigo. El tren volvió a ponerse en marcha

lentamente y la locomotora lanzó a los aires su agudo silbido, el cual, a diferencia de lo que siempre me había ocurrido desde que era niña, no me produjo ninguna alegría.

Cuando llegamos por fin a la estacioncita de Davos-Platz, Horace tomó consigo nuestro equipaje y moviéndose ágilmente en la pequeña plaza que había frente a la estación, atestada de vehículos, encontró un carruaje para nosotros. Recorrimos el corto trecho de la suave cuesta que lleva a Davos-Dorf, la parte más alta del pueblo, y nos detuvimos delante del hotel Belvédère. Dos botones con librea vinieron corriendo hasta el coche para ocuparse del equipaje.

El señor Nelson me ofreció el brazo y me ayudó a bajar del vehículo, y cuando pusimos el pie en la blanca escalinata del hotel se detuvo un instante para mirar a su alrededor. Era esa hora del día en que la tarde empieza a endulzarse y difuminarse en el ocaso, y el amplio valle cubierto de abetos parecía aún más calmo y majestuoso.

—¿Acaso no es maravilloso, señorita Irene? —me preguntó Horace, y vi brillar en sus ojos oscuros una

auténtica admiración por el espectáculo que ofrecían aquellas montañas.

—Lo es, mi querido Horace —respondí, hundiendo también mi mirada en el verdor de los bosques, ahora veteados con tonalidades doradas.

Pero fue una respuesta dictada más por la cortesía que por la sinceridad. Por mucha belleza que emanara de aquel paisaje, mi corazón y mi cabeza estaban en otra parte.

El vestíbulo del hotel tenía grandes puertas de cristal que lo hacían bastante luminoso, mientras que los colores discretos de la tapicería y los cortinajes le daban un aspecto elegante pero no ostentoso. El *concierge* del Belvédère nos recibió con un despliegue de inclinaciones y con esa afectación típica de quienes trabajan en los hoteles de gran lujo. Nos asignaron dos habitaciones contiguas, la número 319 y la 320, desde las cuales, nos aseguraron en un francés de cadencia bastante graciosa, gozaríamos de una bonita vista del valle.

Horace y yo subimos la escalera en silencio seguidos por los botones con nuestras maletas. En el momento de entrar en nuestras respectivas habitaciones

intercambiamos la enésima sonrisa. Tuve también la impresión de que el señor Nelson iba a decir algo, como si quisiera romper aquella cortesía un poco fría que nos acompañaba ya desde hacía días. No obstante, cambió de idea. Chocó cómicamente los tacones, como un viejo militar, me hizo una reverencia y se despidió.

—La espero en el comedor a las ocho, señorita Irene. ¡Confío en que el aire de las montañas le abra el apetito, como me sucede a mí!

—Yo también confío en que así sea, Horace —dije. Y entré en mi habitación.

Pero no permanecí en ella más que unos instantes. Lo primero que, tontamente, se me ocurrió hacer fue bajar de nuevo al *bureau* del hotel para preguntar si había llegado correo para mí. No llevaba allí más que unos minutos y albergaba ya la esperanza de encontrar cartas dirigidas a mi atención. Unos días antes de partir para Davos, en una de las tardes más sombrías por la rabia y la frustración, había escrito dos cartas, una a Sherlock y la otra a Arsène. Cartas que luego, poco después de habérselas entregado a Horace para que las llevara a la oficina postal, me arrepentí de haber mandado. Cartas en las cuales, sin demasiados

rodeos, les pedía a mis amigos que no me dejaran sola en aquellos momentos difíciles e hicieran cuanto pudieran para reunirse conmigo en Davos, en los Alpes suizos, donde yo estaría a partir del día 16 de junio.

Aún hoy recuerdo, casi palabra por palabra, aquellas dos cartas. Repletas de frases apresuradas y confusas, eran singulares peticiones de ayuda en las que, en realidad, no acertaba siquiera a explicar en qué debían ayudarme Sherlock y Arsène. Y si no acertaba a explicarlo era porque, en el fondo, tampoco yo lo sabía.

Por un instante, el *concierge*, antes de adoptar nuevamente su aire implacablemente gentil, no pudo esconder una expresión de asombro.

—Ejem... No, señorita, no ha llegado correspondencia dirigida a usted. Lo lamento...

Mirando el rostro de aquel maduro señor con librea sentí que una carcajada me subía desde el pecho, cosa que no me ocurría desde hacía mucho tiempo. Puesto que no me había molestado en darle ninguna explicación, sino que le había preguntado directamente si había correo para mí, aquel hombre debía de pensar sin duda que estaba loca. Aquel pensamiento no me desagradó; hacía algún tiempo que me sentía tan belicosa con el mundo entero

que tal vez una semilla de locura hubiera echado raíces de verdad en mi mente.

Seguí dándole vueltas a aquella extraña idea y, mientras, decidí salir a la gran terraza que se abría en un lado del vestíbulo. En cuanto me encontré entre las estatuas de mármol y las mesitas con manteles blancos de holanda, con el valle alpino que se extendía más allá de la balaustrada, volví a tener la curiosa sensación de estar moviéndome dentro de un sueño. Una extraña fantasía en la que todo lo antes familiar parecía ahora transfigurado y nuevo. ¿Era realmente yo, Irene Adler, aquella muchacha con la mirada perdida en las montañas y que esperaba encontrarse con una madre desconocida deseando saber por fin qué secretos habían marcado su nacimiento y su vida entera?

—No cabe duda, querida mía —dijo una voz de mujer a mi lado, como respondiendo a las preguntas que me rondaban por la cabeza, y me volví sobresaltada—, que la montaña es tremendamente aburrida, pero ¡a veces es un espectáculo grandioso!